

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**BEATA ISABEL CANORI MORA
MÍSTICA ITALIANA**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus primeros años.

Matrimonio.

Comunión diaria.

Su esposo.

Sus hijas.

Conocimiento sobrenatural.

Demonios.

Los difuntos.

Bilocación.

La Virgen María.

Profecías del futuro.

Jesús nazareno.

Esposa de Jesús.

Terciaría trinitaria.

Tres enfermedades.

Los santos.

Su muerte.

Apariciones y curaciones.

Su esposo sacerdote.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de la beata Isabel Canori Mora es una vida llena de inmensas gracias místicas. En su *Diario* nos manifiesta una serie de éxtasis en los que Dios le iba manifestando muchas maravillas de la vida espiritual. También nos refiere algunas profecías sobre el futuro de la Iglesia y sobre Roma.

Su vida personal estuvo llena de sufrimientos por el mal comportamiento de su esposo, que se buscó otra mujer y ni siquiera le daba dinero para sus gastos. Era madre de familia. Tenía dos hijas, a las que trató de educar en la fe católica, una de las cuales se hizo religiosa. Su esposo también llegó a convertirse después de su muerte y se hizo sacerdote, muriendo en la paz de Dios.

Ella se hizo terciaria trinitaria y en su vida nos manifiesta el poder de la oración. Con sus oraciones conseguía la liberación de muchas almas del purgatorio y la conversión de muchos pecadores. Dios le concedió algunos carismas como el del conocimiento sobrenatural de los corazones.

Este libro está basado en su Diario, escrito por ella, y en los documentos del proceso de beatificación (de Roma y de Marino).

Nota.- *Diario* se refiere al Diario escrito por ella y publicado por Ed. Segno en 2017. Tiene como subtítulo: *La mia vita nel cuore della Trinità*.

Lucina hace referencia al libro escrito por su hija Lucina: *Vita della beata Elisabetta Canori Mora*, Ed. Vaticana, città del Vaticano, 2003.

SUS PRIMEROS AÑOS

Nuestra beata nació en Roma el 21 de noviembre de 1774 y fue bautizada al día siguiente en la parroquia de Campo Carleo por el padre Giovanni Battista. Le pusieron los nombres de María Elisabetta (Isabel) Cecilia Geltrude. Su padre se llamaba Tomás Canori y su madre Teresa Prímoli, ambos dotados de riquezas materiales y de virtudes espirituales. Tuvieron 14 hijos. Seis murieron de niños. Sobrevivieron ocho, cinco varones y tres mujeres. En 1782 recibió el sacramento de la confirmación. Su madrina fue la priora del convento de Santa Eufemia, la hermana Geltrude Riggoli.

Siendo todavía una niña fue llevada al monasterio de las religiosas de Santa Eufemia, donde aprendió especialmente las principales verdades de la fe católica. A los once años fue enviada a Casia, al monasterio de Santa Rita de las MM. Agustinas, para perfeccionarse en todo lo conveniente a la vida cristiana y en otras tareas para su vida futura. A sus 12 años hizo el voto de castidad, consagrándose al Señor. Allí estuvo dos años y ocho meses.

En el monasterio de Casia, estaba también su hermana menor Benedetta, que no se apartaba de ella para nada. Esta hermana quería irse a otro monasterio y, mintiendo, escribió una carta a su padre, diciéndole: *Querido padre, si quieres volver a ver a tu hija Isabel viva es necesario que la saques de este monasterio. El aire malsano la ha llevado a estar consumida al extremo. Venga rápido.*

Su padre se asustó y con su hija mayor fueron lo antes posible a Casia y, a pesar de que Isabel no sabía nada y quería quedarse y también las religiosas querían que se quedara allí definitivamente, su padre decidió llevárselas a las dos a su casa en Roma.

En Roma Isabel poco a poco se enfrió en su fervor, mientras Benedetta, con solo 16 años, consiguió que su padre le permitiera entrar en el convento de las oblatas de san Felipe Neri de Roma. A Isabel no la aceptaron, y, descartando la posibilidad de entrar religiosa, pensó en el matrimonio, para el que no le faltaron pretendientes ya que estaba dotada de belleza, gracia y simpatía.

MATRIMONIO

Entre los pretendientes escogió a Cristóbal Mora, hijo del rico médico Francisco Mora. Su matrimonio se celebró el 10 de enero de 1796, cuando ella tenía 21 años y él 23. Pronto se descubrió que él era muy celoso y le impidió visitar incluso a sus propios padres. Tampoco quería que trabajara en las faenas de la casa y, cuando llegaba de su trabajo, le miraba las manos y, si encontraba

algún pellejo por haber trabajado, la reprendía. Isabel sin embargo no podía estar ociosa y se dedicó a realizar algunos trabajos de tejido o algo útil. Esto fue durante los primeros 10 meses.

Un día ocurrió algo que le hizo pensar seriamente en su vida. Ella escribe en su Diario: *A mi esposo le regalaron una pistola y una mañana se levantó temprano, tomó el arma, mientras yo estaba aún en la cama. Le pedí que descargara el arma, pues por no ser experto en armas, podía más ofenderlo que defenderlo. Él la descargó en mi presencia y, para demostrarme que era un experto, dirigió el arma hacia mí. En se momento sintió una voz que le gritó que dirigiera el arma hacia otro lugar. Obedeció, aunque ambos estábamos seguros que el arma estaba descargada, apretó el gatillo y salió una bala que había quedado dentro y estalló contra el crucifijo que estaba cerca de mi cabeza. El cristal del cuadro quedó hecho trizas y en la pared se hizo un agujero, mientras que el crucifijo no recibió ningún daño. Fue tal el estrépito que pareció un cañonazo y en la casa todos quedaron espantados; y el olor y el humo no parecía cosa natural. Dios sea bendito ¹.*

A los nueve meses de matrimonio dio a luz una niña y, después de recibir el bautismo y la confirmación, murió a los tres días de vida. Al segundo año de matrimonio dio a luz a otra niña que también murió a los pocos días, bautizada y confirmada. Y dentro de los tres años siguientes dio a luz a otras dos niñas que sobrevivieron.

El 5 de julio de 1801 le nació la última hija en casa de su suegro. El suegro ordenó que se hiciera una gran ceremonia de bautismo y quiso que se le pusiera el nombre que salía en el Diario romano, de Lucina ².

Como no podía dar de lactar a su hija Lucina por falta de leche, la encomendó a una nodriza para no dar incomodidades a la familia de su esposo donde vivía. Después de un año, fue a verla y la encontró tan mal que hasta tenía gusanos. Al instante la recogió y la llevó a otra nodriza. Después de un tiempo la visitó y la encontró tan consumida que apenas tenía fuerzas para gemir ni llorar. Tanto había sido su ansiedad por comer que se había comido hasta la muñeca de cartón que tenía para jugar.

Ella nos dice que *Dios la visitó con un enfermedad de estómago durante nueve meses, que le hizo abandonar su vanidad y desear la soledad para hacer oración. Fue el último golpe de gracia que me despegó del letargo mortal en que yacía mi alma. Le pedía perdón y misericordia a Dios y tenía un gran dolor de*

¹ Diario, p. 11.

² Proceso ordinario romano, fol 282.

mis pecados... Fui desahuciada por los médicos y me administraron la comunión por Viático. Mi confesor venía a visitarme y a darme ánimo. Yo me ofrecí toda al Señor y a su divino servicio y comencé a frecuentar los sacramentos de la confesión y comunión cada ocho días ³.

COMUNIÓN DIARIA

Deseaba comulgar más frecuentemente. Y anota: Una mañana fui a confesarme y mi confesor me dijo que había tenido la inspiración de darme la comunión tres veces por semana. A mis familiares les pareció mal verme apartada de las diversiones del mundo y de los adornos femeninos y vestir de modo ordinario. Muchos, incluso personas buenas, me criticaron. Yo tenía 25 años y juzgaban que divertirse sanamente y ser una buena cristiana no eran opuestos ⁴.

Deseaba recibir la comunión cada día, pero no tenía valor para pedirselo a mi confesor. Recurrí a la Virgen con oraciones y lágrimas y no pasó mucho tiempo en que fui oída. El 7 de septiembre de 1803, caí en un sueño (éxtasis) y vi un guía que me llevó a un templo sagrado donde vi en medio de un altar magnífico, ricamente adornado e iluminado, una procesión formada de muchos religiosos, vestidos de lana blanca con sobrepelliz y estolas y antorchas encendidas en las manos. Esta procesión estaba precedida por un gran personaje, escoltado por muchos nobles guerreros. Pregunté a Jesús quién era ese jefe y me dijo que el glorioso san Miguel arcángel. Al final de la procesión vi a la Virgen, madre de Dios, noblemente vestida y con su Hijo Jesús en brazos. Yo le pedí que pudiera recibir la comunión cada día... Y en la vigilia de Navidad de 1803 mi confesor, por un particular impulsó, se sintió obligado a darme la comunión diariamente ⁵.

SU ESPOSO

En 1804, por la mala conducta de mi esposo, que había malgastado todo su patrimonio, debí dejar mi pequeño apartamento que habitaba e irme a vivir a casa de mi suegro. Tuve que vender parte de mi mobiliario y vender los anillos, joyas y pendientes, relojes, etc., para pagar las deudas de mi esposo. Tuve que convivir con mis suegros y cuñadas, tías y otros que eran unas 13 personas. Me fue señalada para mí y mis dos hijas, una de tres y otra de cinco años, una

³ Diario, pp. 12-13.

⁴ Diario, p. 14.

⁵ Diario, pp. 17-19.

habitación por la que tenían que pasar los otros miembros de la casa, de distinto sexo. Yo sufría por no tener privacidad para dedicarme a la oración y pedí a mi suegra poder tener un pequeñísimo lugar debajo de las escaleras para así evitar que me vieran cuando el Señor me raptaba y perdía los sentidos, en especial, cuando enviaba a mis hijas a la escuela y yo hacía allí la oración ⁶.

En julio de 1807 el padre, la madre y las hermanas de mi esposo creyeron que era bueno impedirle la mala amistad con una mujer de poco buen nombre. Por orden del cardenal vicario fue conducido al lugar de los Santos Juan y Pablo y entregado a los padres pasionistas con orden de retenerlo en castigo hasta nueva orden. Estos buenos padres le dieron Ejercicios espirituales y procuraron hacerle entender sus faltas, pero en vez de aprovecharse de sus consejos, cada día se obstinaba más en su mala amistad. Se enfureció contra mí, creyendo que yo era la culpable. Me escribía cartas llenas de amenazas y le avisaron que, si seguía con la mujer, sería retenido en el castillo todo el tiempo que dispusiera el cardenal vicario y la mujer sería condenada a estar en San Miguel durante cinco años.

Pasados 15 días, mi esposo escribió una carta de sometimiento a su padre y madre. El padre, no creyendo en sus palabras y pensando en las amenazas que días atrás me había hecho en una carta, quería que lo pasaran directamente al castillo, pero la madre se interpuso, rogándole al padre que no le diera ese disgusto, sino que lo perdonara. Me llamaron y me comunicaron sus distintas opiniones. Yo me mostré obediente a su decisión. Sus hermanas me aconsejaban que me fuera a otra casa y no me expusiera a sus insultos. Finalmente, la afligida madre venció y se resolvió de común acuerdo hacerlo regresar a casa el día 18 de julio después de haber estado retenido 18 días en San Juan y san Pablo.

Regresó como un león herido, al verse privado de su amiga, y estaba enfurecido contra mí, por lo que tuve mucho que sufrir. Después con maltratos y amenazas quiso obligarme a darle un escrito, permitiéndole regresar libremente con su amiga, pero esto no podía hacerlo sin ofender a Dios. Corrí varias veces peligro de morir en sus manos, especialmente una tarde. Regresó a casa más furioso que de costumbre, resuelto a darme muerte, si no le daba el consentimiento en una carta para justificar ante los Superiores su amistad. Dios me dio una fuerza espiritual capaz de dar la vida antes que ofenderlo. Y él, después de haberme dado razones para convencerme, diciéndome que no volvería más a la casa de su amiga y que solo quería recuperar su reputación, no pudo convencerme. Al verme así se abalanzó sobre mí como un perro rabioso para matarme. La madre, al estrépito ocasionado, acudió en mi ayuda. Yo me

⁶ Diario, pp. 22-23.

arrodillé delante de él y le pedí a su madre, que lo retenía, que lo dejara desahogarse.

Esperaba el golpe, pero me di cuenta de que le faltaba la fuerza para darme el golpe. Había sido imposibilitado por una fuerza superior para no ejecutar su designio, confesó que una fuerza superior le había detenido el brazo y, lleno de miedo y con el rostro pálido, se sentó en una silla, por la falta de fuerza. Al verse así privado de fuerza física, tomó el partido de pedirme perdón, confesando el mal que me había hecho, pero eso no fue duradero, porque al cuarto de hora, cuando Dios le restituyó su primera fortaleza, volvió de nuevo a insultarme y, lleno de desesperación, se fue de casa, diciendo que por mi causa se suicidaría.

Su madre al oírle esa expresión del hijo y, viéndolo marchar enfurecido, se volvió contra mí haciéndome reproches por no haber aceptado sus exigencias. Pasamos todo el mes de agosto. En su casa unos me aconsejaban irme a un monasterio, mi madre me decía que volviera a su casa, mi director que buscara disolver mi matrimonio y separarme de mi esposo. Felizmente, al comulgar, el Señor, bajo la forma de un bello Niño, me consoló, de modo que en medio de las tribulaciones, gocé de un paraíso de delicias. Jesús me hizo conocer que no debía abandonar a mis tres, mi esposo y mis dos hijas, y que por mi medio se podían salvar ⁷.

Por su parte, el esposo estaba reuniéndose con personas de malas costumbres. Ella se lo advirtió, pero él no le hizo caso. Entonces el Señor le reveló que, si no se retiraba de esa gente, lo castigaría con la muerte, porque en esas reuniones se ultrajaba a Dios. Ella le insistió con más fuerza que los dejara, pero no hacía caso, hasta que uno del grupo lo asaltó en un lugar solitario y estaba para matarlo cuando el Señor le dijo a Isabel: *Vete y libera con tu espíritu a tu esposo, que está por recibir un golpe mortal.* Ella se fue a orar y Dios lo salvó de la muerte. Ella les dijo a las hijas: *Venid a agradecer al Señor, que vuestro padre ha estado en peligro de muerte y la misericordia de Dios lo ha salvado ⁸.*

Él llegó a casa todo asustado y le vino una fiebre peligrosa. Ella lo atendió y consiguió que se reconciliara con Dios. Pero le duró poco y siguió conviviendo con una mala mujer, que le iba sacando todo su dinero y no daba nada para Isabel y sus hijas. Pronto se endeudó por causa de esa mujer y entonces Isabel tuvo que vérselas con los acreedores que iban constantemente a la casa donde vivía con sus suegros, ocasionando así muchos inconvenientes. Uno de los acreedores, le

⁷ Diario, pp. 47-51.

⁸ Proceso ordinario de Roma, fol 424

dijo que le podía perdonar la deuda, porque él tenía mucho dinero, pero a cambio de que fuera a vivir con él. Ella lo amonestó severamente y le aclaró que entre cristianos no podían darse esas bajezas.

Isabel cosía de tres a cuatro camisas al día para poder pagar sus gastos. En 1812 fue obligada a ir a otra habitación fuera de la casa de los suegros para que no la molestaran los acreedores de las deudas del esposo. Solo le daban de comer a mediodía y para la cena ella debía aportar el pan y el vino y cualquier otra cosa, ocultando este hecho al suegro, que nunca lo hubiera permitido ⁹.

Cuando el 25 de agosto de 1813 murió el suegro, sus hijas determinaron que a ella no le correspondía nada de la herencia, porque su esposo ya había dilapidado el patrimonio paterno, y ella tuvo que irse de la casa ¹⁰.

Ella vivía confiando en la divina providencia ante la falta de recursos para vivir. Nos dice sobre su vida diaria: Además de hacer varias horas de oración diarias, hacía penitencia por amor a Jesús con disciplina y cilicio. Trataba de no darme gusto en las buenas comidas, usaba ajeno para amargar la boca y hacía tres cuartos de hora de oración sosteniendo en mis espaldas un madero pesado en forma de cruz. En la casa trabajaba en los oficios más bajos como barrer y llevar a la cocina leña y carbón. Para aligerar el trabajo de los criados, cargaba cosas pesadas y hacía otras cosas manuales como cuidar el gallinero, medir el pienso para los caballos y otras cosas. Como solía tener los ojos bajos, mis parientes se burlaban de mí y lo mismo otras personas ¹¹.

SUS HIJAS

A sus hijas las educó cristianamente. Las inscribió en las Instituciones de la Virgen del Carmen, del Santo Rosario y de la Santísima Trinidad. Les prohibió que leyeran libros de la biblioteca del abuelo, el padre de su papá, que era médico y tenía muchos libros de medicina y de otros temas. Que no vieran los libros de una de las tías, que vivía en la casa, que eran libros románticos, aunque la tía les contaba a veces parte de estas historias que había leído. Tampoco les permitía ir con las tías al teatro a ver escenas o historias poco convenientes. Ella personalmente les enseñó a leer y les enseñaba muchas historias de la Biblia. Además de lo que aprendían en la escuela, trajo a casa tres veces por semana una sabia y piadosa maestra de bordado.

⁹ Proceso ordinario romano, fol 335.

¹⁰ Proceso de Roma, fol 327.

¹¹ Diario, p. 59.

Por otra parte sus dos hijas también le dieron sufrimientos. Se enfriaron en la fe por las críticas que oían sobre su madre. Eran adolescentes y estuvieron en peligro de sucumbir como palomas. Se asomaban a la ventana y comenzaron una relación con dos militares con los cuales acordaron huir de casa y contraer ocultamente matrimonio. Dios le reveló las cosas a Isabel y la noche en que pensaban huir, apenas llegaron los jóvenes, los hizo desistir de sus propósitos. Por la mañana llamó a sus hijas y les hizo ver la grave ofensa hecha a Dios y el peligro al que se habían expuesto. Las hizo confesarse y ellas le pidieron perdón y recomenzaron su vida anterior ¹².

Ese mismo día por el disgusto que le habían ocasionado tuvo un desvanecimiento grave. Las hijas se asustaron, el esposo llamó al médico, quien después de hacerle una sangría vio que se recuperaba poco a poco.

En medio de sus necesidades económicas, Dios nunca les hizo faltar lo indispensable, aunque tuvieron que sufrir la escasez de medios. Una de las personas que más le ayudaron fue el señor Giovanni Cherubini con su esposa. Él les vendió la parte de la librería del suegro de Isabel que le habían dado como parte de herencia, porque le dijeron que dinero no le podían dar, porque el esposo había dilapidado los bienes de sus padres y no le correspondía ninguna herencia.

En 1817 se enfermó gravemente su hija Mariana. Algunos familiares decían que se debía a que quería casarse y su madre no le daba la oportunidad de salir de casa para ver a los pretendientes. El hombre que ayudaba a la familia, al ver a Mariana en cama y desahuciada por los médicos, le prometió que empapelaría la habitación para darle un ambiente festivo. Ella escogió el color y quiso que quedara como un oratorio y así se hizo. Y sucedió un milagro.

Los trabajadores no habían terminado de raspar las paredes y Mariana ya se sentía con fuerza para levantarse y ver el trabajo y cada día iba para dar algunas aclaraciones a los trabajadores. Cuando terminaron el trabajo, ella se encontró perfectamente curada, habiendo sido desahuciada previamente. Entonces le dijo a su madre: *Mamá esta habitación no es para mí sino para que sea la capilla de Jesús nazareno. Yo se la cedo porque me ha sanado.*

Se hicieron los trámites correspondientes para que Isabel, que era conocida en el Vaticano, pudiera tener una capilla en casa y pudiera celebrarse allí misa diariamente y pudiera comulgar. Y todo se consiguió con el permiso del Papa Pío VII.

¹² Proceso ordinario romano, fol 265.

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Sobre el conocimiento sobrenatural de los corazones, sus dos hijas referían que, en ocasiones, les advertía de cosas que no podía saber naturalmente. A una amiga le advirtió de haber olvidado de confesar un pecado. A un joven, que le entregó una carta, le manifestó que fuera a confesarse, pues había cometido un pecado por la calle. Él lo reconoció ¹³.

En algunos casos anunciaba la curación de un enfermo desahuciado por los médicos y en otros casos, en que parecía que la enfermedad era poca cosa, avisaba que se preparara para la muerte. A una señora le predijo que su hija, que le causaba muchos problemas, se haría religiosa dominica. Y que un hijo, que se mostraba impertinente, sería sacerdote muy sabio. Y todo lo que predijo se cumplió, según declaraciones de su hija ¹⁴.

DEMONIOS

Nos dice: Un día vi un arrogante demonio, que con suma soberbia pretendía abrir un gran libro que tenía en las manos delante de un infeliz, que estaba lleno de terror. Su ángel tenía un pequeño librito y estaba triste. Le dije a Jesús: *“No condenes a esta alma te lo suplico por vuestra pasión y muerte y tu infinita bondad y recuerda la promesa que me hiciste de salvar a todos los que hubieran hecho el bien”*. Él me respondió: *“Hija mía, tu oración hace violencia a mi corazón. ¿Lo quieres salvo? Salvo lo tendrás”*. Cuando esta alma se presentó al juicio un ángel le tomó el gran libro de las manos del demonio y lo presentó al divino juez, quien puso un sello bañado en su sangre para indicar que por su gracia no quería juzgar esa alma, sino quería salvarla por su infinita misericordia sin juzgarla ¹⁵.

Otro día, un demonio tomó la forma de mi confesor, con su hábito personal, su pronunciación española, en todo semejante a él. Se presentó en mi habitación, airado contra mí, llamándome impostora y soberbia por no haber escuchado sus consejos, porque otras veces se me había aparecido este personaje, dándome malos consejos. Qué pena me dio este fraude malicioso de Satanás. Yo creía que era mi confesor y que había apostatado de la fe. Tenía una gran pena al verlo. Esto duró varios días y el último día pude resultar victoriosa contra sus asechanzas y malos consejos. El fingido confesor era muy cruel y, si no obedecía

¹³ Proceso ordinario de Marino fol 35 y de Roma fol 224.

¹⁴ Proceso ordinario romano, fol 372.

¹⁵ Diario, pp. 421-423.

a sus deseos, me amenazaba de que me destrozaría con crueles tormentos, pero al fin salí victoriosa ¹⁶.

El 20 de julio de 1814, se me presentó de nuevo con la figura de mi confesor vestido como seglar. Estaba riéndose desmesuradamente y me obligó a besarle la mano, acercándola atrevidamente a su boca. Mucho me extrañé de este modo insólito de proceder. Y no solo me obligó a besarle la mano, sino que con dos dedos me tocó fuerte mis ojos y me hizo sentir dolor. Yo estaba fuera de mí, no sabía qué pensar y porque creía que era mi confesor, estaba de rodillas ante él toda mortificada, mientras él seguía riéndose desmesuradamente. Después me mandó seguirle. Me llevó a un lugar solitario, invoqué el nombre de Dios y desapareció. Y agradecí al Señor de haberme librado de las manos de este engañoso demonio ¹⁷.

En otra ocasión mi cuerpo fue golpeado y flagelado con hierros y con tanta crueldad que los demonios parece que me habían roto todos los huesos y que ya solo bastaba dejarme morir. Y ciertamente estaría muerta, si Dios mismo no me hubiera sanado por medio de una luz divina que llenó mi maltratado cuerpo. También me pusieron al cuello un collar de hierro y lo apretaron con tanta crueldad que me impedía tomar alimento alguno ni tomar ni una gota de agua. Esto lo padecí por espacio de ocho días ¹⁸.

LOS DIFUNTOS

El 19 de marzo de 1814 tuve la oportunidad de hablar con una buenísima madre de familia, a la que se había muerto un hijo que repentinamente había muerto, estando él fuera de Roma. Estaba muy afligida y lloraba mucho por el temor de que no hubiera ido al cielo por haber sido un joven de mundo con 22 años. Quería saber alguna noticia de su alma. Recé al Señor para que me diera alguna noticia del difunto. Y en éxtasis tuve la aparición del alma de Ana María, que llevaba con ella el alma del joven, rodeado de llamas. Me hizo entender que por puro milagro se había salvado y que estaba privado de sufragios en el purgatorio ¹⁹.

Un día, después de la comunión, se me presentó el difunto Papa Pío VI. Me dijo que rezara por él, que estaba aún en el purgatorio. Yo le pregunté: *¿Qué puedo hacer por usted?* Me contestó: *Vete a tu confesor y él te dirá lo que debes hacer.* Mi confesor me pidió ir cinco veces a Santa María la Mayor a visitar el

¹⁶ Diario, 412-413.

¹⁷ Diario, p. 135.

¹⁸ Diario, 403-404.

¹⁹ Diario, p. 93.

altar de Pío V y rezar por la liberación de su sucesor y también ir cinco veces a la iglesia de santa Pudenciana, rezando a los mártires que concedieran esta gracia. A la mañana siguiente le dije al confesor lo que había hecho el día anterior y me dijo: *Yo te pido que saques esta alma del Papa del purgatorio y que no pase de esta noche. Di al Señor que, por esta obediencia, conceda la gracia.* Salgo del confesonario y me pongo de rodillas llorando y le digo: *Jesús mío, has visto lo que me ha impuesto por obediencia, déjame obedecer.* Y Jesús me concedió que a la hora de Vísperas esta alma entrara feliz en el cielo. Y a la hora de Vísperas se me aseguró de esta gracia, sintiendo una gran dulzura y quedé con mucha paz, alabando y bendiciendo el nombre del Señor ²⁰. Fueron muchos los agradecimientos que recibí de este santo Pontífice y muchas las promesas que me hizo de ayudarme en todas mis necesidades ²¹.

Otro día vi a dos religiosos trinitarios que humildemente me rogaban que los liberara del purgatorio. Les pregunté: *¿Qué cosa desean?* Me respondieron: *Que vayas a la Scala Santa.* Me dijeron que sus nombres eran: uno Jerónimo y el otro Raimundo. Referí a mi confesor esto y me aclaró que no debía creer en esas imaginaciones, pero que no obstante fuera a la Scala Santa a rezar por ellos. Cuando llegué a la primera grada de Scala Santa, se aparecieron los dos religiosos trinitarios, ellos subían conmigo la Scala Santa. Me agradecieron la caridad que tenía con ellos y me prometieron acordarse de mí y rápidamente subieron al cielo ²².

El 14 de noviembre de 1814, después de la comunión en la iglesia de San Carlos en Quattro fontane, sentí tocar a muerto y me manifestaron que era para pedir por las almas de los padres trinitarios que estaban en el purgatorio. Me fue manifestado que, al celebrar la misa cantada, esos padres serían liberados del purgatorio. Entonces fui en éxtasis transportada a cierto lugar donde tuve la suerte de ver estas almas afortunadas que, ansiosas, estaban esperando el feliz momento de ir al cielo. Al cantar el *Dies illa* todas se pusieron en orden. Al *Oremos* se volvieron claras y fueron purificadas por los méritos de Jesucristo. Al *Santo* apareció una blanquísima luz que las hizo más bellas. En la elevación de la hostia y del cáliz fueron conducidos por los ángeles al cielo ²³.

El 16 de octubre de 1815 me pidieron que rezara por el alma de una pariente. Dios me manifestó que había sido salvada, pero que le quedaba pena por descontar por sus faltas y recé mucho para que saliera pronto del purgatorio. Me fue mostrado que esa alma debía estar muchos años todavía en el purgatorio, pero que los ofrecimientos de una nieta, que había, sufrido un fuerte dolor de

²⁰ Diario, p. 118.

²¹ Ib. p. 119.

²² Diario, p. 122.

²³ Diario, pp. 161-162.

dientes y que seguía rezando por su abuela, le habían acortado el purgatorio. Uno de los días, fui en espíritu llevada al purgatorio y vi esa alma en forma de una sombra blanca por sus faltas cometidas. Con esta aparición fue mucho mayor mi deseo de ayudarla y el Señor me aseguró la gracia de liberarla. Con la celebración de una misa celebrada por mi padre espiritual, esta alma fue llevada al cielo ²⁴.

El día 6 de noviembre de 1815, después de la comunión, estaba en gran recogimiento y se me presentó el alma de mi padre natural, que hacía nueve años había muerto. Veía su alma llena de luz y yo me alegré mucho de verlo feliz. Él me recomendó de rezar mucho por la liberación del purgatorio de todos nuestros familiares difuntos. Obedecí y ofrecí mis humildes oraciones y en la misa ofrecí por ellos los infinitos méritos de Jesucristo. Y todas de una vez fueron liberadas de aquella tenebrosa cárcel.

En el momento de la elevación de la misa fueron liberadas y el alma de mi padre con su ángel custodio les llevó la alegre noticia y los ángeles con sus respectivas almas fueron llevadas de aquel oscuro lugar al cielo después de haber adorado al Santísimo Sacramento expuesto con profunda inclinación ante el altar y agradeciéndome por mis plegarias ²⁵.

En julio de 1820 se enfermó un padre de familia, conocido mío. Era de buena situación económica y su familia me había ayudado en varias ocasiones. El Señor me iluminó para saber que ese hombre iba a morir y yo recé por su salvación eterna. Jesús me hizo ver que su alma sufría un terrible juicio y que iba a ser de perdición. Recé y lloré amargamente al Señor para obtener la salvación y me ofrecí a sufrir por su causa para obtenerle la vida eterna.

El 2 de agosto de 1821 estuve rezando por las almas del purgatorio y el Señor se dignó llevar mi espíritu a ver el purgatorio. Al ver ese lugar donde las almas están atormentadas por la justicia de Dios para purificarlas, creí que iba a morir por la compasión que sentía por esas almas. El Señor por su bondad oyó mis súplicas y liberó a un gran número de esas almas del purgatorio y las llevó a la patria del cielo ²⁶.

El 28 de junio de 1822 fui a la iglesia de San Carlos en Quattro fontane y vi una lápida nueva y en ella estaba escrito: *Aquí están las cenizas de Carolina Álvarez*. Pensé que sería una anciana, pero sentí que me decía: *No soy anciana. En vida me conociste. Lee con atención y me recordarás*. Entonces me di cuenta

²⁴ Diario, pp. 247-248.

²⁵ Diario, pp. 257-258.

²⁶ Diario, p. 474.

que era la hija del célebre escultor Álvarez, que cinco años antes habitaba junto a mi casa y yo conocía a su hija y sabía que había muerto en 1821 a la edad de 16 ó 17 años. Yo supuse que estaría en el cielo y le pedí que rezara por mí y me respondió: *Todavía estoy retenida en el purgatorio y de ti espero sufragios para mi liberación de esta horrible cárcel.* Hice llamar a mi confesor al confesonario y le conté lo que había sucedido. Él me dijo: *Acuérdate que Jesús varias veces te ha entregado las llaves del purgatorio.* Dile a Jesús que la libere y que esto te la manda tu confesor. Al otro día, después de la comunión que hice por su sufragio, la joven me dijo: *Te agradezco, porque dentro de poco iré al paraíso y allí siempre estaré agradecida a tu caridad.* Una hora y media después vi a Carolina Álvarez que volaba al cielo en medio de un hermoso resplandor de clarísima luz. Ella llevaba un bello escapulario trinitario también, resplandeciente con la cruz rosa y azul. Me dijo que Dios se había dignado ponerla bajo el glorioso estandarte de la Orden trinitaria, porque su padre había entregado su cadáver (de ella) a los padres trinitarios con afecto y devoción ²⁷.

A fines de noviembre de 1824 cayó enferma la suegra de Isabel y murió el 12 de diciembre. Isabel se ofreció a sufrir lo que debía pagar la suegra en el purgatorio. El Señor le dijo que, cuando un sacerdote venga de improviso a celebrar en su capilla la misa, llevaré su alma al paraíso. El 18 de diciembre vino ese sacerdote, fray Mariangelo, camaldulense, porque había sentido un impulso de celebrar la misa en esa capilla. Isabel se sintió muy contenta por la promesa del Señor y después de la comunión vio entraren el cielo el alma de su suegra en medio de una inmensa luz ²⁸.

BILOCACIÓN

El Papa Pío VII estaba en Castelgandolfo y tuvo la desgracia de caerse en su habitación. Era el año 1806 o 1807. Estaba en peligro de perder la vida. Recé con mucho fervor al Señor por su curación y sentí inspiración de enviar a una señora que está en casa de un prelado muy cercano al Santo Padre para que le diera una botella de agua de Jesús Nazareno unida a una carta mía. El prelado no creyó conveniente dárselo al Papa y al saberlo recé al Señor y de pronto me quedé fuera de mí (en éxtasis) y mi espíritu se fue a Castelgandolfo a la habitación donde estaba el Papa enfermo. Allí vi una luz clarísima en medio de la cual vi a los reyes magos, que tomaron la botella de agua bendita que yo había enviado, le dieron a beber con sus propias manos al Papa y a los pocos días quedó totalmente curado ²⁹.

²⁷ Diario, pp. 510-511.

²⁸ Lucina, p. 182.

²⁹ Diario pp. 420-421.

Un día quería hablar con el Papa para decirle claramente que no debía salir de Roma como había pensado y le habían aconsejado muchas personas. Ya tenía preparada la carroza en la que le iban a llevar a Civitavecchia, pero lo que quería la gente mala es que saliera de Roma y con él se fueran también muchos cardenales y gente importante para quedarse con el poder. Habló a su confesor, pero no creyó oportuno que fuera a hablar con el Papa.

De hecho, una noche habían alistado una carroza para llevarlo a Civitavecchia y ya habían preparado su equipaje para el viaje. De momento, lo enviaban a Civitavecchia y, si después las cosas andaban mal, lo llevarían a otra parte. Esta era una maniobra de los sectarios para poder echar fuera de Roma al Papa y con el Papa a muchos cardenales y prelados, que estaban preparados para irse cuando el Papa saliera de Roma.

Yo le avisé a mi confesor que hiciese saber al Papa que no hiciese caso a los que le aconsejaban salir de Roma. Dios se dignó escuchar mis pobres plegarias. En un cierto momento, pude entrar en el palacio del Quirinal donde vivía el Papa para poder hablarle mentalmente. El Papa, a pesar de estar preparada la carroza y estar convencidos todos de que iba a partir, dijo de un momento a otro que quería reposar y no quería irse. Esta improvisada decisión arruinó todos los planes hechos por los sectarios. Las tropas austríacas, sintiendo este hecho, avanzaron y sin disparar ni combatir se apoderaron de las fortalezas y fueron a Nápoles, a pesar de que allí había unos 50.000 soldados, que huyeron precipitadamente y así se salvaron muchas vidas y Roma quedó libre de la invasión preparada con la ayuda de los soldados napolitanos ³⁰.

El 8 de diciembre de 1815 fui sobrecogida (en éxtasis). Me pareció ser llevada al coro de los padres trinitarios (¿en bilocación?). Encontré a los buenos religiosos en oración. Mi ángel custodio me retuvo en el coro y se abrió una ventana del coro y vi como si se abriera el cielo y vi descender muchos padres trinitarios que por la ventana entraban en el coro. Ocuparon sus puestos que estaban vacíos. Después vi descender del cielo otros padres trinitarios y con san Félix de Valois y san Juan de Mata, estaban llenos de alegría y acompañaban a la Virgen Santísima, escoltada por una inmensa cantidad de ángeles ³¹.

En el mes de mayo de 1822 mi padre espiritual recibió una carta de España en la que le informaban que su hermano cartujo llevaba cuatro meses en cama por extrema debilidad. Quiso celebrar misa por su hermano en mi oratorio y yo me uní a él para pedir por la salud de su hermano, pero el Señor me dio a

³⁰ Diario, pp. 409-410.

³¹ Diario, p. 266.

entender que moriría. El 28 de agosto, 25 días antes de su fallecimiento, estaba orando después de medianoche y, de pronto, vi al enfermo muy afligido. Sentí compasión y le pedí a Jesús enviarme a consolar al enfermo (en bilocación). Jesús me concedió esa gracia y me dijo: *Vete como mensajera de paz. En mi nombre di a mi siervo que pronto estará conmigo en el paraíso y, como señal de esto, le daré una gran paz y tranquilidad.* En un momento me encontré en la habitación del enfermo. Me acerqué a él y le di el mensaje y se sintió libre de su aflicción y con un gran gozo en el corazón.

Mi confesor me escribió una carta el 12 de junio de 1822 en la que me decía que su hermano había muerto y que antes de morir había sentido una gran paz y tranquilidad. El Señor me hizo saber que había ido su alma gloriosa al cielo. Y lo pude ver en el cielo con un resplandor mucho más bello de lo que es el sol, cuando asoma por la mañana y sin comparación ³².

LA VIRGEN MARÍA

Nos dice: *El 7 de septiembre de 1803 tuve un raptó (éxtasis) y vi a una señora hermosa de blancas vestiduras, majestuosa, que tenía en sus manos una bella y resplandeciente paloma que desplegaba sus alas y se elevaba hasta la altura de los cielos. Fijé mi mirada en la paloma y vi que bajo sus alas tenía impresos los clavos que crucificaron a mi Señor y a él lo vi resplandeciente.*

La paloma enviaba dardos de fuego. Un feo monstruo me dijo: “Huye, huye”. Estaba dispuesta a hacerle caso, cuando observo que la paloma me envía un precioso dardo. Mi corazón quedó golpeado por un fuego sagrado que me hizo salir de mí misma. Al volver en mí, me encontré transformada, como si fuera otra persona, todo fervor y caridad. Sentía en mi corazón los efectos admirables de aquel dardo amoroso y exclamé: “Has vencido esta vez o santo amor, has vencido la dureza de mi corazón obstinado”... No pasó mucho tiempo que mis familiares se dieron cuenta del palpitar violento de mi corazón. Suponían que era una enfermedad natural. Quisieron saber el parecer del médico. Me ordenó sacarme sangre y me hizo dos sangrías, pero el palpitar del corazón crecía más y más por los frecuentes favores que recibía de mi Señor, tanto en la oración como en la comunión. Finalmente, para liberarme de las molestias del médico y de mis parientes, yo me encomendé a la Virgen María y me escuchó. Solo en la oración y en las comuniones eran violentos los latidos ³³.

³² Diario, pp. 519-520.

³³ Diario, pp.15-16.

El día de la purificación de la Virgen se le apareció la misma Virgen María con un coro de santas vírgenes y mártires y acercándose a su cama, pues estaba muy enferma, ordenó a una de las vírgenes que le tocara los ojos y al instante recobró la vista. La Virgen le dijo: *Esta es mi hija amada Tecla*. Después mandó a santa Silvia tocarle su cuerpo y, tocándola, la sanó enteramente. Ella se echó a llorar de agradecimiento. Entonces la Virgen la bendijo, prometiéndole su protección en la vida y en la muerte ³⁴.

El 2 de julio de 1805, después de la comunión, fui transportada en espíritu a un lugar magnífico donde vi el majestuoso trono de Dios. Muchos mensajeros celestes me invitaban de parte del Dios eterno a aproximarme al trono, pero sentía temor. Entonces apareció la Virgen María rodeada de una clarísima luz, toda amor para mí y me animaba a aproximarme al divino trono. Una voz poderosa me habló y dijo: “En este día eres confirmada en gracia. Favor señalado que te viene compartido por el valioso patrocinio de esta excelsa Madre” ³⁵. Ser confirmada en gracia quiere decir que nunca pecaría gravemente por gracia de Dios.

La noche de Navidad de 1807 (en éxtasis) fui llevada por mano invisible a un lugar donde se me presentó la Virgen María con su divino Hijo en brazos. Pude adorarlo y me lo colocó sobre mi seno. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas de tanto alegría y verme tan amada del divino Niño ³⁶.

Tenía tanto amor a María Santísima que un día llevó a sus dos hijas ante su imagen y dijo: *Madre mía, os entrego estas niñas. Renuncio a ser su madre. Vos seréis su madre, yo solo la cuidadora. No sabiendo cómo guiarlas, lo haréis Vos por mí. Por eso solía recordarles que eran hijas de María* ³⁷.

PROFECÍAS DEL FUTURO

El 15 de noviembre de 1818 vi (en éxtasis) el mundo. Lo veía todo en revolución, sin orden ni justicia con los siete vicios capitales y por todas partes reinaba la injusticia, el fraude, el libertinaje y toda clase de iniquidad...

Mi pobre espíritu, al ver el disgusto de Dios sobre aquellos infelices, estaba lleno de temor y con abundantes lágrimas deploraba la suerte que les esperaba. En el mundo todo estaba confuso. Se había trastocado el orden de la naturaleza. El mundo padecía una gran desolación. Cuántos gritos y cuántas

³⁴ Proceso ordinario de Roma, fol 391.

³⁵ Diario, p. 35.

³⁶ Diario, p. 59.

³⁷ Proceso ordinario de Roma, fol 296.

lágrimas y suspiros se sentían en aquel teatro de tristeza. Veía en medio de tanta gente mala un demonio perverso, que recorría el mundo con mucha soberbia y altanería. Tenía a los hombres en una penosa esclavitud y con orgulloso imperio quería que todos los hombres le estuvieran sometidos, renunciando a la fe en Jesucristo; dejando de observar los mandamientos, dándose al libertinaje y adoptando la falsa filosofía de nuestros modernos y falsos cristianos ³⁸.

El 29 de junio de 1820 en éxtasis vi abrirse el cielo y aparecer a San Pedro con gran majestad, acompañado de muchos ángeles que cantaban al príncipe de los apóstoles, vestido con ornamentos pontificales. Después vi cuatro árboles cubiertos de flores y frutos preciosísimos. Estos árboles estaban rodeados de una luz resplandeciente. Observé que san Pedro había escogido esos cuatro árboles como lugar de refugio para liberar a los buenos cristianos del tremendo castigo que vendría sobre todo el mundo. ¡Ay de los malos religiosos y religiosas que desprecian sus Santas Reglas! Y de tantos malos eclesiásticos seculares y de toda clase de personas, de todo estado y condición, dados al libertinaje, que van contras las enseñanzas del Evangelio, negando la fe de Jesucristo. Estos infelices perecerán bajo el peso del brazo exterminador de la divina justicia.

Los buenos cristianos, refugiados bajo los misteriosos árboles, los veía en forma de hermosas ovejas bajo la custodia del pastor San Pedro, al cual todos le prestaban humilde obediencia. Esto simbolizaba al pueblo cristiano que milita bajo el glorioso estandarte de la cruz, el cual será inmune al tremendo castigo que Dios va a enviar sobre la tierra por tantos pecados que comenten la mayor parte de los cristianos. Después el santo apóstol subió al cielo con los ángeles que le habían acompañado.

De pronto el cielo se cubrió de tinieblas, que solo mirarlo daba miedo. Un viento caliginoso sopló por todas partes, chillando en el aire como un fiero león y su aullido resonaba en toda la tierra. El terror y el espanto ponían a los hombres y animales en gran temor. Todo el mundo estaba en revolución y se mataban unos a otros. La mano vengadora de Dios estaba sobre los infelices. Su omnipotencia castigará su orgullo y su temeridad y se servirá Dios del poder de las tinieblas para exterminar a los sectarios, hombres inicuos que pretendían extirpar de raíz los profundos fundamentos de la Iglesia católica.

Una gran legión de demonios recorrerá el mundo y Dios permitirá que sean castigados los hombres inicuos por los demonios, porque se sometieron al poder de los demonios y con ellos se unieron para dañar a la Iglesia católica. Permitirá Dios que sean castigados por estos espíritus malignos por medio de muerte despiadada. A los buenos, los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo los

³⁸ Diario, pp. 335-336.

cuidarán para que los malos espíritus no puedan hacerles daño. Serán preservados del daño que harán estos demonios con el permiso de Dios. Dios permitirá a los demonios destruir y arruinar muchas cosas de la tierra. Devastarán todos aquellos lugares donde Dios ha sido ultrajado, profanado, idolatrado y sacrílegamente tratado. Todos esos lugares serán demolidos, arruinados y perderán todo vestigio de su existencia.

Castigados los impíos con muerte cruel y demolidos los indignos lugares, vi serenarse el cielo y de pronto vi descender sobre la tierra un majestuoso trono donde veía al apóstol san Pedro y también al apóstol san Pablo, quien como en un relámpago recorrió el mundo y encadenó los demonios y los llevó ante san Pedro, que ordenó fueran encerrados en las tenebrosas cavernas del infierno.

Al momento vi sobre la tierra aparecer un hermoso resplandor que anunciaba la reconciliación de Dios con los hombres. La pequeña grey de Jesucristo fue conducida por los ángeles al trono de San Pedro. Y la Iglesia fue reordenada según las verdaderas enseñanzas del Evangelio y se restablecieron los Órdenes religiosos y todas las casas de los cristianos se convirtieron en casas religiosas, llenas de fervor y de celo por la gloria de Dios. De esta manera se restableció el honor y la gloria de la Iglesia católica y todos la aclamaron. Era de todos estimada y venerada y todos reconocieron al Papa como Vicario de Cristo³⁹.

JESÚS NAZARENO

Un día el sacerdote Andrea Felici de Imola, estando en la basílica de San Pedro, sintió una voz sensible que le dijo que llevase la imagen de Jesús nazareno, dibujada maravillosamente, a la casa de Isabel sin conocerla previamente. Ella se sintió muy contenta con la imagen y le puso una lamparita, colocándola en su casa. Dos días después, el Señor comenzó a hacer milagros con esa imagen, curando enfermos. El señor Giovanni Sala le hizo poner a la imagen un marco de metal dorado. En 1817 el Señor obró un milagro por medio de la venerada imagen de Jesús nazareno. María Ana, la hija mayor de Isabel, tenía una enfermedad que los médicos declararon incurable y tuvieron que llevarla a otra habitación aislada. El señor Giovanni Sala le mostró la imagen del Señor y con esta imagen se curó totalmente. La hija le dijo: *Mamá, esta habitación en que estoy se la cedo al Señor por haber sido sanada sin usar remedios*. Y así hicieron una capilla en su casa en honor de Jesús nazareno. En esta capilla, el Papa le dio autorización a Isabel para que se pudiera celebrar la misa todos los días y de esta manera pudiera ella comulgar, estando ya enferma.

³⁹ Diario, pp. 389.

Por medio del agua que ella tenía puesta delante de la imagen de Jesús nazareno, se sanaron muchos enfermos, incluidas enfermedades incurables. Hubo muchas conversiones y hasta 60 curaciones se contabilizaron en Albano. Por ejemplo, la madre de Ángela Ferroni era hidrópica y estaba totalmente hinchada, la sierva de Dios la bendijo con la imagen de Jesús nazareno y le hizo beber un poco del agua que estaba en el altar junto a la imagen y quedó totalmente curada⁴⁰.

Al jovencito Vincenzo Martucci, que sufría desde hacía dos años de convulsiones violentas, le puso la sierva de Dios un hábito de Jesús nazareno, le hizo beber un poco de su agua y quedó curado⁴¹. Y así otros muchos casos.

Un día se presentó en la casa un señor desconocido, que venía recomendado por una religiosa para hablar con Isabel de sus problemas personales. Este señor, como venido de parte de Dios, la ayudó. Le dijo: *El Señor me ha inspirado ayudarles como si fuera vuestro padre. Mensualmente les daré una ayuda.* Y al ver el altar de Jesús nazareno prometió hacerle un marco de metal dorado. Y así lo hizo, no faltando mensualmente con su ayuda.

ESPOSA DE JESÚS

Un día, que era la fiesta de san José, 19 de marzo, estaba en profunda oración y vino un mensajero celestial y me dijo: *Ven, noble esposa; mi rey, que es tu esposo, te invita. Quiere celebrar contigo las bodas.* A estas palabras mi alma sintió el abismo profundo de su nulidad y con voz temblorosa exclamó: *Eterno Dios mío, ¿cómo podré pasar de tanta miseria como tengo a tanta grandeza? Dios mío, no soy digna.* Mensajeros celestes me llevaron a la cumbre de un monte en espíritu y oí: *Esposa amada, amiga mía, paloma mía, ven, ven al tálamo de tu Señor, ven, no tardes más...*

No puedo expresar el recibimiento que recibí de mi Dios. La mente humana no puede entenderlo. Era un paraíso de belleza. Vi muchos personajes nobilísimos ricamente vestidos, llenos de gloria y majestad. Mi Señor me hizo reposar en sus brazos. Mi alma gozaba de un paraíso de felicidad. Sentía mi corazón lleno de santas virtudes y de una profunda humildad, un aniquilamiento interior y exterior, una pureza y una sencillez muy particular, una cierta unión especial con mi Dios, que me duró muchos días, pues me parecía que no vivía en la tierra. Vivía como en una soledad casi fuera de mí misma y mi espíritu estaba

⁴⁰ Proceso ordinario de Marino, fol 91.

⁴¹ Ib. fol 99.

concentrado en Dios ⁴². Y como esposa de Jesús, amaba también a Jesús en los pobres.

El día 14 de septiembre de 1815, después de comer, fui con mis hijas a la iglesia a un triduo en honor de la Virgen Dolorosa. Antes de salir de casa, tuve una fuerte inspiración de dar una limosna a una pobre joven que por la calle pedía limosna y que le había ya dado en otras ocasiones. A esta inspiración cerré mis oídos. Fui a la iglesia y en la calle se me presentó esta joven y me dio pena y tuve el impulso de regresar a mi casa para darle algo, pero quedé perpleja y estaba dudosa de llegar a tiempo al triduo. Apenas entré en la iglesia, sin haberle dado limosna, mi corazón sintió mucha pena, porque creí haber faltado a la caridad. Terminado el triduo, la encontré de nuevo a la joven y la llevé a mi casa y le di algunas cosas. Ella me dijo llorando que estaba casi desesperada. Traté de consolarla y me confesó que estaba tentada de tirarse al río. Me dijo que a su padre le había dado una apoplejía y era tanta su miseria que no tenían ni cama para dormir y debían acostarse en el suelo y su pobre padre estaba en un pequeño colchón de paja que le habían dado por caridad. Procuré ayudar en lo que pude a su padre enfermo y hambriento. Además hice escribir un memorial a los Superiores para hacerles saber la situación de esta familia. Dios me hizo conocer que la joven estaba expuesta en la calle solitaria y que aquel mismo día habría peligrado su honestidad. Mis plegarias alejaron el peligro y le aseguré a la joven el suministro diario de alimento para ella y para su padre con tal de que no fuera por la calle pidiendo limosna y contando con que los Superiores proveerían también a sus necesidades ⁴³.

TERCIARIA TRINITARIA

El 5 de julio de 1814 estaba en éxtasis como muerta y mi espíritu fue clavado en una cruz por una mano invisible. Me explico no el cuerpo, sino el espíritu fue crucificado místicamente y en mí fueron crucificadas cinco inclinaciones, es decir 5 movimientos de propia voluntad que deben estar crucificados para poderse elevar a Dios, Cuando volví en mí me encontré vestida de terciaria trinitaria ⁴⁴.

El 31 de julio de 1814 se vio vestida de terciaria trinitaria, rodeada de muchos santos ángeles en medio de los cuales vio a su gran protector y bienhechor san Ignacio de Loyola y fue conducida por sus santos patriarcas Félix de Valois y Juan de Mata. Muchas veces ella habla de santos que se le aparecen

⁴² Diario, pp. 599-601.

⁴³ Diario, pp. 227-228.

⁴⁴ Diario, pp. 126-127.

especialmente san Pedro y san Pablo y san Juan Bautista y san Juan evangelista, pero también su ángel custodio a quien acude en muchas dificultades y también hileras de vírgenes y de santos y mártires y ángeles.

El 30 de mayo de 1819, estando en profunda oración, el Señor me daba a entender que debía pedir el hábito de terciaria de los padres trinitarios descalzos. No me atrevía a decírselo al confesor, pero una fuerza superior me obligó y fui a contarle al confesor que el Señor me obligaba a pedir al padre general de la Orden trinitaria esa gracia. El confesor me dijo que escribiría al general y, si era la voluntad de Dios, seguramente me concedería esa gracia ⁴⁵.

El padre general, conociendo mis deseos, escribió a mi confesor, dándole facultad y las oportunas licencias para vestirme el hábito ⁴⁶.

Cuando fue recibida como terciaria trinitaria descalza en 1820 le pusieron el nombre de Giovanna Felice de la Santísima Trinidad.

TRES ENFERMEDADES

Un día les avisó a sus hijas cómo tenían que cuidarla, porque el Señor le iba a mandar tres enfermedades producidas por el demonio. Después de la tercera moriría. El 25 de enero de 1819 comenzó la primera enfermedad. Tuvo un desvanecimiento mortal y quedó en el suelo como muerta. La metieron en la cama vestida, porque estaba como en un profundo sueño. Así estuvo unas 12 horas. Quisieron despertarla, pero no lo consiguieron. Cuando se hizo de día, le vinieron unas convulsiones terribles de modo que daba compasión. No conocía a nadie, ni al confesor. La suegra vino para asistirle y darles descanso a las hijas. Su esposo estaba preocupado y no sabía qué hacer. Isabel decía: *Jesús mío, no me abandones en esta batalla contra Satanás*. No podía recibir ni una gota de agua, ni comer lo mínimo. El médico decía: *No puede vivir, sino por puro milagro*. El confesor avisó al Papa y con su autoridad pontificia también rezó y mandó a los espíritus malignos que la dejaran en paz. Y le dijo al confesor que el día de la purificación de María sería liberada y así fue.

Ella manifestó que se le apareció la Virgen María con una hilera de santas vírgenes y mártires. Y la llamó *hija mía* y la bendijo y después mandó a santa Tecla que le restituyera la vista y después a santa Silvia que la tocara y quedó totalmente curada.

⁴⁵ Diario p. 371.

⁴⁶ Diario, p. 377.

El 21 de junio de 1819 partió de Roma con sus dos hijas y llegó a Albano, alojándose en la hospedería de las hermanas oblatas de Jesús y María. Después de la comida del mediodía, iban a dar un paseo y a visitar alguna iglesia. La comida de Isabel era un poco de menestra con agua y dos huevos. Comía una sola vez en 24 horas.

En los días que pasó en Albano se curaron unas 60 personas, algunas de males incurables como malos tumores, llagas gangrenadas, etc. Su curación se debía principalmente al agua prodigiosa que estaba delante de la imagen de Jesús nazareno que tenía en la casa.

Regresó a Roma el 8 de noviembre de 1819 con sus hijas y un día de 1820 les dijo a sus hijas que el Señor quería que vistiera el hábito de trinitaria descalza. Con el permiso del padre general le impusieron el hábito trinitario. En julio de 1820 cayó enfermo el esposo de una señora de Marino. Isabel rezó intensamente por él. Y rezando un día ante Jesús sacramentado por el enfermo, el Señor le manifestó que la salvación de ese hombre era muy difícil, ya que estaba pendiente de eterna perdición. Ella lloró y rogó al Señor, y en un éxtasis el Señor le hizo ver a ese señor ante el tribunal de Dios. Jesús estaba indignado contra él. Un demonio tenía un grandísimo libro con sus malas obras. El hombre estaba lleno de espanto. Isabel seguía rezando al Señor que tuviera misericordia de él. Por fin Jesús le dijo: *Hija, tu oración ha llegado a mi corazón. ¿Lo quieres salvo? Salvo lo tendrás.* Durante la agonía, su esposa, que estaba de rodillas rezando, creyó que la imagen de Jesús nazareno, que estaba a su lado, había influido en su salvación.

El hombre murió, pero su esposa quedó muy agradecida y fue a Roma con su yerno a ver a Isabel. Los prodigios de Jesús nazareno eran muchos: conversiones importantes, curaciones instantáneas, pacificación de personas en litigio, terrenos estériles que volvieron a dar fruto y todo sucedía, echando un poco de agua del Nazareno. Esta señora la invitó a Isabel con sus hijas a su casa de Marino, donde fueron a pasar unos días de vacaciones cada año desde 1821 a 1824.

El 8 de diciembre de 1820 el Señor le manifestó que estaba irritado con el género humano, haciéndole conocer la impiedad y la enorme ingratitud de los hombres, y en concreto de los cristianos, tanto laicos como eclesiásticos.

El 18 de enero de 1821 le vino a Isabel la segunda grave enfermedad anunciada por Jesús. Durante ocho días no pudo comer nada y ni siquiera tomar una gota de agua. Los demonios la maltrataron de todas las formas posibles y permitidas por el Señor. Uno de los días fue recorriendo la casa con agua bendita, una campanilla y llevando un brasero con fuego para bendecir la casa y alejar a

los demonios. Algunos familiares presentes pensaron y dijeron que estaba loca. Ella dijo que vio muchos demonios que trataban de espantarla para que se rindiera a sus deseos de negar a Jesús y hacerse seguidora de ellos.

Después de ocho días de tanto sufrir, Jesús se presentó lleno de esplendor divino y la atrajo a sí y la curó de todos sus males.

LOS SANTOS

Con frecuencia habla de san Ignacio de Loyola, a quien considera como su especial protector, abogado, maestro y padre. Y dice: *Fue este glorioso santo quien en 1803 en el día de la Inmaculada, me entregó a los santos patriarcas Félix y Juan de Mata. Oh, cuántas veces he ofrecido al Señor mi sangre y mi vida para que fuese restablecida su Congregación, la Compañía de Jesús* (Hay que aclarar que en esos momentos todavía estaba suprimida la Compañía de Jesús).

El 8 de febrero de 1816, fiesta de san Juan de Mata, al asistir a la misa cantada, se me apareció este glorioso patriarca, me pidió que me acercara y me cubrió con su capa a mí y a mi padre espiritual, al cual veía humildemente postrado a sus pies. Mi espíritu se llenó de consuelo, de paz y dulzura ⁴⁷. Otro día vi a los dos santos fundadores trinitarios con san Carlos Borromeo que fueron al purgatorio y liberaron muchas almas ⁴⁸.

El 20 de abril de 1821 el Señor se dignó enviarme al glorioso príncipe de los apóstoles, San Pedro, acompañado de una hilera de ángeles para que me diera la santa comunión ⁴⁹.

Algunos de sus santos predilectos fueron S. Simón Rojas, San Miguel de los Santos, san Juan Bautista de la Concepción, santos trinitarios, además de los dos fundadores. También el arcángel san Miguel, san Juan Bautista, san Ignacio de Loyola, a quien llamaba padre, y por supuesto a san José.

El 18 de octubre de 1823 vi en éxtasis una hilera de ángeles. Entre estos ángeles estaba mi ángel custodio, al cual veía más bello que todos sus compañeros. No puedo explicar la ternura, respeto y veneración con que mi alma obsequió a mi ángel y con cuánto afecto le agradeció su ayuda y tantas gracias que me había prestado al custodiarme. Le pedí mil veces perdón por tantos

⁴⁷ Ib. p. 286.

⁴⁸ Ib. p. 314.

⁴⁹ Diario, p. 461.

disgustos que le había dado a lo largo de mi vida y le pedí que me ayudara y me custodiara, prometiéndole ser fiel a mi Dios. Este mi santo ángel era de las jerarquías más altas de los ángeles, de aquellos que asisten al trono de Dios, los cuales merecen mayor respeto y estima. Mi pobre alma le agradeció al Señor por haberle dado por custodio a un ángel tan importante ⁵⁰.

Una mañana de julio de 1824 sentí grandes deseos de ser santa. Y decía a mi ángel: *Reza tú también y agradece a Dios porque esta mañana, después de comulgar, pedí la gracia de ser santa y por medio de la eucaristía.* Y fue tanta la confianza que tuve, que no pude dudar de que llegaría a serlo. Alégrate, ángel mío bendito, porque habéis sido designado para asistirme a mí, pecadora, y por los méritos de la sangre preciosa de Jesús espero y confío ser santa ⁵¹.

Una mañana, después de recibir la comunión, quedé en éxtasis y Jesús se me presentó como un pastor y mi alma era como una ovejita. El pastor me llamó hacia él y me acarició y me puso en la frente una señal y me hizo entender que, por esa señal, ninguno de mis enemigos podría vencerme ⁵².

En diciembre de 1821, estando en éxtasis, se me presentó el divino Niño Jesús que tenía en sus manos mi corazón. En él estaba esculpido con caracteres de oro el nombre santísimo de Jesús. No podré olvidarlo jamás ⁵³.

El año 1804 hizo privadamente los Ejercicios espirituales y deseó escribir con su sangre los buenos propósitos. Acudió a la Virgen para vencer su miedo y debilidad para hacer la herida. Se hirió con un cuchillo y con la sangre escribió sus propósitos y los puso debajo de la imagen del santísimo crucifijo, que le había preservado del pistoletazo de su esposo, pero el confesor le ordenó que quemara ese papel por haberlo escrito así sin su permiso.

En 1814 tres días después de Navidad añadí a los votos de pobreza, castidad y obediencia, el voto de hacer lo más perfecto ⁵⁴. El 6 de enero de 1815, día de la Epifanía o de Reyes, fui a *Quattro fontane* por haber pasado toda la noche combatiendo con el demonio y se me presentaron los reyes magos, quienes me ofrecieron su protección, Y me dijeron: *Nosotros te ayudaremos en todas tus necesidades espirituales y temporales. Invoca nuestros nombres y probarás su efecto* ⁵⁵.

⁵⁰ Diario, pp. 584-585.

⁵¹ Diario, p. 613.

⁵² Diario, p. 20.

⁵³ Diario, p. 482.

⁵⁴ Ib. p. 173.

⁵⁵ Ib. p. 175.

*En febrero de 1815 Jesús me puso preciosos vestidos de color blanco con adornos de joyas y puso sobre mi cabeza un largo y blanco manto, transparente de luz. Al cuello me colocó un collar precioso y sobre mi cabeza una corona. Después extendió su brazo derecho y me entregó un precioso anillo para fortalecer nuestro indisoluble matrimonio y esto ante una inmensa hilera de ángeles. Él estaba glorioso y majestuoso como rey del cielo y de la tierra, ricamente vestido. Llevaba un hermoso manto, bordado, adornado de infinito valor, que significaba su infinita misericordia. Su vestido era de color rojo, significando la caridad. En la mano llevaba un cetro riquísimo que significaba la justicia y la clemencia*⁵⁶.

*El 12 de abril de 1815 en la comunión el Señor se dignó hacerme reposar en sus brazos santísimos. Después me colocó en su paterno seno. Me acercó a su cuello y me dio un casto beso*⁵⁷.

SU MUERTE

Sucedió que un tal Vincenzo Brandi estaba buscando esposa para su hijo. Le pidió consejo a Giovanni Cherubini, muy unido a la familia de Isabel y le aconsejó a su hija mayor Mariana. Y todo se arregló con bien y paz con el consentimiento de Isabel.

Sin embargo, Isabel se enfermó por tercera vez y se postergó el matrimonio. Parecía que Isabel estaba mejorando, pero ella ya había predicho que a la tercera enfermedad moriría. De hecho, a los pocos días de morir Isabel se celebró el matrimonio entre Mariana y Felipe Brandi.

Era diciembre de 1824 cuando Isabel comenzó a sentirse mal. Parecía que tenía hidropesía, pero los médicos no juzgaron que la cosa fuera grave. Sin embargo, ella decía: *Esta es mi última enfermedad, ya lo veréis*. Pocos días antes de su muerte llamó a sus hijas y les recomendó portarse bien con Dios, acordándose de los beneficios recibidos y que respetasen a su padre y le ayudaran en su alma y en su cuerpo. Y añadió: *Os dejo un padre en Jesús nazareno, os pongo bajo el manto de María santísima y de san José. Estad tranquilas y en paz. Os recuerdo la promesa de vestirme vosotras dos después de mi muerte*.

El 5 de febrero oyó misa, celebrada por el padre Fernando, y recibió la comunión. Después quedó absorta en Dios. A sus hijas les dijo: *Esta mañana, después de la comunión, se me apareció la Virgen santísima con una inmensa*

⁵⁶ Diario, p. 187.

⁵⁷ Ib. p. 197.

hilera de ángeles y santos. Ha tomado mi alma y la ha llevado al trono de Dios. Su divina majestad dejaba a mi decisión el quedarme a vivir un tiempo todavía o ir a gozar con él en el cielo por toda la eternidad. Mi alma estaba confusa y solo quería hacer lo que fuera de su agrado. Y él me ha anunciado que dentro de pocas horas sería conducida con él en triunfo a la gloria. Esto se lo he manifestado a mi confesor.

Después pidió agua para lavarse las manos y la cara, se puso la camisa de lana, el vestido y un pañuelo para estar preparada y, mientras le acomodaban la almohada, le pidió a su hija mayor que se colocara delante de ella donde estaba su hermana. Las miró fijamente y levantando sus ojos al cielo expiró plácidamente a las dos y media de la noche. Era el día 5 de febrero de 1825. Tenía 49 años.

Isabel era alta de estatura, de tez blanca, colorada en el rostro como una rosa, los ojos vivaces, que desde su infancia movían a devoción. Sus hijas la vistieron y colocaron su cuerpo sobre una alfombra en el suelo de la capilla. Apenas se supo la muerte de Isabel, se llenó la casa de parientes y de personas de toda clase que la habían conocido. Todos la consideraban como una santa. Las hijas pidieron que se quedara allí desde el sábado en que murió hasta el lunes, porque no exhalaba mal olor, sino más bien buena fragancia. El domingo muchos vinieron a visitarla y el lunes fue llevado su cadáver, como convenía a una terciaria, con acompañamiento de sacerdotes y religiosos de Aracoeli, de su domicilio a la iglesia de San Carlos en Quattro fontane, en medio de muchísima gente. Como al día siguiente era la fiesta de san Juan de Mata, se postergó el entierro para el miércoles.

Todos observaron que el cadáver no dio muestras de corrupción a pesar de estar encerrado en el ataúd. En la tarde del miércoles, su cuerpo, colocado en un féretro de madera y acompañado por la comunidad religiosa trinitaria y de muchas personas de toda clase, fue enterrado en la iglesia de Quattro fontane.

APARICIONES Y CURACIONES

Su hermana María Canori estaba rezando sus oraciones antes de acostarse y vio de improviso a Isabel que iba a la patria celestial. Al día siguiente pudo comprobarlo y fue a la casa de la difunta ⁵⁸. Una jovencita, María Bianchi, que estaba mal de salud y sentada en su cama, esperando que le trajeran la cena, vio

⁵⁸ Proceso ordinario romano, fol 468.

delante de sí a la sierva de Dios que le dijo: *Me voy al cielo, acuérdate de confesarte tal pecado que has omitido por olvido*. Y desapareció.

Una señora tenía un tumor en el pecho y se fue a la iglesia de san Carlos, cuando estaba expuesto el cadáver de Isabel y apenas tocó el féretro, quedó sana⁵⁹. Y así hay otros casos de curaciones milagrosas según los datos del Proceso de canonización de Roma. Fue beatificada por S. Juan Pablo II el 24 de abril de 1994. Su fiesta se celebra el 4 de febrero.

SU ESPOSO SACERDOTE

El esposo de Isabel, Cristoforo (Cristóbal) Mora, después de la muerte de Isabel llevó una vida irreprochable. El 30 de noviembre de 1825 se inscribió como terciario trinitario y se le vio con frecuencia caminar descalzo para visitar las principales iglesias de Roma. Después de la muerte de su hija Mariana, le suplicó a su hija Lucina, del monasterio de las oblatas Filipinas, que como religiosa se llamaba Giuseppa (Josefa) de la S. Trinidad, que le consiguiera poder entrar en un monasterio. De hecho, fue recibido en el convento de los frailes menores conventuales y, tratándose de una persona culta, le hicieron estudiar solo un curso de teología. A los 61 años de edad fue ordenado sacerdote. Sus últimos 11 años de vida fue un ejemplo de caridad, paciencia y fe al servicio de su comunidad, al servicio de Dios y de los demás.

Dice Lucina: Después, de la muerte de mi madre, mi padre se dio de tal modo a la piedad que muchas personas lo encontraron descalzo, andando por las iglesias sin temor humano y así se portó todo el tiempo que estuvo en casa. En 1833 el Señor llamó a sí a mi hermana el 28 de abril a los nueve años de su matrimonio. Este sí fue un fuerte golpe para mi padre. Se vino a buscarme al convento para poder llorar juntos, porque yo también amaba mucho a mi hermana. Me dijo que pensaba dejar el mundo y la profesión, que le daba ocasión de disgustar al Señor. Dijo: *“Dejo todo, clientes, compañeros, amigos, todo. Quiero hacerme religioso y pensar en mi alma”*. Yo le respondí: *“Papá, ¿qué puedo hacer yo? ¿Una pobre monja sin relación alguna?”*. Me respondió: *“Tú debes pensar en todo: ¿dónde, en qué Orden puedo entrar, aunque sería feliz también como religioso laico?”*.

Yo escribí a mi confesor jesuita con el que no podía confesarme desde que me hice monja, pidiéndole que me indicase qué debía hacer. Me dijo: *Procura hacer la petición para que sea sacerdote a los frailes menores conventuales, ya que, siendo persona instruida, podría hacerse realidad. Me animó y escribí unas*

⁵⁹ Proceso ordinario de Roma, fol 611.

palabras al padre Cibo, sacristán de la iglesia de los santos apóstoles. Él me respondió, diciéndome: Estate tranquila, haré la petición al padre general y le diré que tiene todas las prerrogativas para ser sacerdote. Lo conozco bien, porque es mi penitente.

De hecho, el padre general y creo que también el provincial, le hizo llegar la admisión y se concluyó todo con mucho consuelo de mi parte y de mi padre. Yo me tomé el trabajo de hacerle los hábitos y todo lo que necesitaba, porque en realidad no tenía a nadie más que a mí. Se fijó el día de su vestición y esta se hizo en la sacristía de Santa Dorotea, iglesia de la Orden. Creo que la hizo con el provincial. Yo fui con una religiosa anciana y una o dos hermanas de mi padre, el cual vino con el mismísimo provincial. Después vino el hermano de mi madre, su cuñado. La función se hizo con mucha alegría y le cambiaron el nombre de Cristóbal por el de padre Antonio.

Lo mandaron al noviciado a un convento fuera de Roma y después de un año fue admitido a la profesión religiosa y poco más tarde fue ordenado sacerdote por el obispo de la diócesis donde vivía. A continuación el mismo obispo le dio facultad para confesar y los superiores, viendo que era instruido en todas las ciencias como si las hubiese estudiado, le dieron el encargo de enseñar a los jóvenes religiosos. Después lo cambiaron a varios conventos y cada cierto tiempo venía a Roma y esos días venía a celebrarnos misa, comulgando todas las religiosas. Era un gran consuelo para mí y mi cuñada, que en aquella época era Superiora, y para toda la comunidad.

Siguió su camino como religioso, no mirando a sus propios gustos y adaptándose a cualquier convento que lo destinasen por obediencia, contento de estar en Roma o fuera de Roma. Finalmente, en el convento de Sezze, le asaltó una penosa enfermedad. El sacerdote que lo asistió hasta el último momento escribió: *La enfermedad del padre Mora fue breve. Cayó enfermo el jueves 4 de septiembre y hasta el sábado no se presentó como grave su mal. El domingo se agravó y yo mismo le administré los sacramentos de la confesión, comunión y unción de los enfermos. Y, a pesar de estar muy adolorido y era un mal irreparable, me consolaba a mí.*

Murió el 8 de septiembre de 1845 en el convento de los menores conventuales de San Francisco en Sezze. Así se verificó la profecía que hizo su esposa Isabel. Una religiosa mantelata de Roma del Instituto de los servitas, de nombre Matilde Bambilla, lo ha contado. En el Proceso, declaró: *Yo, con mi madre, fui a hacer una visita a la sierva de Dios Isabel. Después que mi madre había hablado con ella, nos llevó a la capilla a visitar a Jesús nazareno. En el momento en que nos despedíamos, Isabel nos acompañó y, al pasar, mi madre saludó a su esposo Cristóbal, que estaba sentado en su oficina, el cual, riendo,*

dijo: “¿Han venido a hacer oración con mi mujer? Para ella siempre es la noche de Navidad. Ya ha celebrado la misa y yo la digo en la cama durmiendo; noche y día está siempre en oración. Yo la dejo hacer”. Y reía burlándose. Entonces Isabel contestó: “Ríete, ríete, vos diréis la misa y confesaréis y entonces no diréis que yo la digo”. Él respondió: “¿Cómo, aunque murieras antes que yo? Sí, mucho antes”. Y así terminó la conversación y madre e hija se fueron persuadidas que todo se realizaría como de hecho sucedió ⁶⁰.

Lucina entró en el monasterio de las Oblatas de San Felipe Neri ai Quatro Cantoni. Hizo su profesión solemne el 2 de julio de 1826 con estas palabras: *Yo, María Giuseppa de la S. Trinidad, llamada en el bautismo Lucina, hija de Cristóbal Mora y de Isabel Canori, habiendo visto y experimentado el tenor de vida que se acostumbra en esta Congregación, vulgarmente llamada de las Filipinas, deseando la mayor gloria de Dios y mi salvación eterna, de rodillas ante el Señor, la Virgen Santísima y san Felipe Neri, nuestro gloriosísimo titular y Padre, en la presencia del señor cardenal Giovanni Francesco Bertazzoli y de nuestra Madre Priora, espontáneamente prometo vivir en obediencia y castidad según el Instituto y el espíritu de San Felipe Neri.*

La Priora, M. Benedetta Canori, era su tía, hermana de su madre, que en la Congregación tenía el nombre de sor María Serafina del Espíritu Santo. En 1840 murió su tía Priora y Lucina fue elegida para sucederle. Lo hizo con gran acierto y la llamaban: *San Felipe Neri vestido de mujer*. Murió en olor de santidad a los 78 años el 30 de julio de 1879.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído detenidamente este libro, basado en las experiencias personales de la beata Isabel Canori Mora y contadas en su Diario por obediencia a su confesor, podemos exclamar llenos de alegría: Dios hace maravillas en sus santos. Realmente son sorprendentes y maravillosas las experiencias místicas que nos cuenta. Podemos creer lo que nos dice, porque todo lo que refiere son experiencias personales y no contadas por otros.

Por ejemplo, con frecuencia habla de ángeles y santos del cielo y en concreto de su ángel custodio. Se le aparecían frecuentemente Jesús, la Virgen y otros santos, especialmente los fundadores de su Orden, san Félix de Valois y san Juan de Mata, pero también muchos otros. Así podemos confirmar muchos dogmas de la Iglesia como el dogma de la comunión de los santos, que no son

⁶⁰ Lucina, pp. 254-256.

